

LAS RECREACIONES DEL SIGLO XVIII EN LA NARRATIVA HISPANOAMERICANA DEL SIGLO XX: ILUSTRACIÓN, UTOPIA E IDENTIDAD CULTURAL

EDUARDO SAN JOSÉ VÁZQUEZ

Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII
Universidad de Alicante

Como tema de la narrativa hispanoamericana del siglo XX, el siglo XVIII ha dado lugar a una lista de obras quizá más destacada de numerosa, al menos en comparación con las épocas más profusamente recreadas por la literatura de este Continente, que han sido el Descubrimiento, la Conquista y la Independencia. En esta selección temática tiene que ver la mayor rentabilidad narrativa de periodos distinguidos por sus acciones históricas, frente a un siglo XVIII que, si bien en América fue pródigo en conmociones políticas, no deja de destacar como una centuria de debate e inquietud intelectual y de asentamiento de las bases ideológicas de las futuras repúblicas.

Mi intención es analizar cuál ha sido la visión histórica proyectada por los escritores contemporáneos sobre el siglo XVIII hispanoamericano, o, de otra forma, verificar en esta literatura la existencia de un proceso general de debate sobre cuestiones como la influencia de la Ilustración en la Independencia de los dominios hispánicos de Ultramar, la vigencia o pertinencia del pensamiento utópico moderno en el devenir de los actuales modelos de gobierno republicano, así como la relación de esa posible influencia causal entre Ilustración e Independencia con una identidad cultural latinoamericana que ha sido tantas veces erigida como puntal de la plena emancipación, de tipo mental. Es posible anticipar la existencia de ese proceso general

de discusión entre los escritores hispanoamericanos; y su conclusión fundamental anuncia una relativa unanimidad a la hora de criticar negativamente el optimismo utópico de los proyectos de modernidad en Hispanoamérica. La amplia mayoría de las obras que mencionaré a continuación realizan una crítica ideológica del pensamiento utópico del último cuarto del siglo XVIII para expresarse en términos parecidos a los de Francisco de Miranda, Simón Rodríguez, fray Servando Teresa de Mier o el propio Simón Bolívar, cuando estos próceres, precursores o ideólogos de la Emancipación advertían contra la arrogante autosuficiencia de las ideas, situadas al margen de las políticas posibles que la América hispana podía demandar en tales momentos de cambio. Este corpus literario resulta, en definitiva, una advertencia ante la necesidad de adaptar las ideas a las posibilidades, medio más eficaz además para constituir un pensamiento genuinamente americano: según esto, la Ilustración se pierde en América por excesivamente ilustrada, y la revolución, por no haber sabido a veces ser reforma.

Así, pues, el heterogéneo conjunto de ficciones históricas producidas en Hispanoamérica desde el siglo XX y hasta nuestros días permite espigar una serie de obras que han discutido la modernidad ilustrada a través del periodo crucial del siglo XVIII y la inmediata Independencia. La nómina de los narradores que han analizado la cultura política de sus países observando el momento crítico en que coincidían el proyectismo centralista ilustrado de la metrópoli con el afianzamiento de una conciencia criolla de aspiraciones nacionalistas es amplia, pero un repaso a la lista de las novelas más notables ofrece varios autores imprescindibles en cada uno de sus periodos. Al mismo tiempo, algunos de ellos deben buena parte de su relevancia a esta narrativa dieciochista en la que han empeñado varios de sus proyectos más ambiciosos. La serie debe iniciarse con Alejo Carpentier, quien a lo largo de toda su obra hizo centrales las cuestiones de la identidad y la modernidad hispanoamericanas, en estrecha relación y bajo dispares apariciones temáticas. En la novela *El reino de este mundo* (1949), Carpentier abre por primera vez esas reflexiones a través del siglo XVIII antillano, influido por las posiciones políticas del minorismo cubano y las teorías de la negritud, si bien desmarcándose de la asertividad militante que mostrara en su primera novela *¡Écue-Yamba-Ó!*, pero mostrando aún un idéntico cuestionamiento de cierta arrogancia ilustrada, que bajo su raíz emancipatoria escondía un innegable etno-

centrismo y logocentrismo. Por su parte, *El siglo de las luces* (1962) constituye el gran análisis integral del periodo, una obra con la que el resto de esta particular tradición novelística entabla su diálogo intertextual más importante. La ponderación del Iluminismo europeo en América es aquí más sensible, pero el autor cubano sigue apreciando la sorda arrogancia de determinadas concepciones rigoristas de la Ilustración, en especial cuando son adoptadas por los propios criollos. En *Concierto barroco* (1974), Carpentier vuelve a utilizar el pretexto dieciochesco, para dar ahora cabida a sus intereses más recientes en torno a la expresión barroca, cuestión estilística y ontológica sobre la que se iba matizando su proyecto de un esencialismo cultural americano, la teoría de lo real maravilloso. *Concierto barroco* resalta aún más que las anteriores la necesaria pervivencia del pasado y de la incertidumbre característicamente barroca bajo la superficie más aparente de la Ilustración, no sólo en el margen cultural americano, sino en la propia Europa a la que desplaza la acción.

A la primera de estas novelas de Carpentier, enseguida mediatizadas por la revolución cubana de 1959 y su importancia en el impulso de un proyecto de modernidad hispanoamericano, siguieron las de creadores como el argentino Antonio Di Benedetto, con *Zama* (1956), una metáfora existencial e identitaria sobre la insatisfacción y la espera como esencias de la condición criolla; o la del cubano Reinaldo Arenas, con la impostura autobiográfica de fray Servando Teresa de Mier en *El mundo alucinante* (1969), que es también una intencionada crítica contra la idea de revolución. En 1974, el puertorriqueño Edgardo Rodríguez Juliá se interesaba en esta temática con *La renuncia del héroe Baltasar*, novela breve que habría de preludiar su trilogía sobre el siglo XVIII boricua: el extraordinario ciclo de la *Crónica de Nueva Venecia*, compuesto por *La noche oscura del Niño Avilés* (1984), *El camino de Yyaloide* (1994) y la inédita hasta la fecha *Pandemonium*. Rodríguez Juliá usa el siglo XVIII con el valor del siglo en que Puerto Rico debería haber planteado, como el resto, las bases de su proyecto nacional, y busca en esta época las causas para la aparente desidia nacionalista de la Isla. Arturo Uslar Pietri ensayó en *La isla de Robinson* (1981) sus reflexiones sobre pedagogía política, a través del conocido y extravagante preceptor del joven Bolívar. Se trata de una biografía novelesca de Samuel Robinson o Simón Rodríguez, como uno de los mentores, casi siempre frustrados, de la modernidad liberal hispanoamericana. A

ésta cabría añadir, si bien a una menor altura literaria, la biografía apologética en forma de novela *El maestro de Bolívar* (2002), del argentino Pedro Orgambide. El colombiano Germán Espinosa, en estrecho diálogo con la obra carpenteriana, publicó en 1982 *La tejedora de coronas*, una recusación del tiempo histórico, según fue concebido por la Ilustración, en favor de las “luces” del tiempo astral, en lo que constituye una nueva demanda de todas las “otras” Ilustraciones, ambientada en la Cartagena de Indias que se defendía de los ataques piratescos ingleses. El venezolano Denzil Romero se ocupó de la figura de otro de los precursores de la Independencia, Francisco de Miranda, cuya vida se reconstruye a lo largo de una trilogía compuesta por *La tragedia del Generalísimo* (1983), *Grand Tour* (1987) y *Para seguir el vagavagar* (1998). De nuevo aparecen aquí luces ajenas a las del Iluminismo, destacando la raíz mágica y antropológica del símbolo a través de su uso por la masonería, a la que el propio Miranda perteneció, colaborando a formar la primera logia hispanoamericana desde Londres. Al mismo tiempo, acentúa desde un barroco expresionismo la fuente de voluptuosidad que en última instancia habría dirigido el ímpetu político de Miranda. A esta trilogía debe añadirse la del argentino Mario Szichman, que, bajo el título global de *Repúblicas aréreas*, recoge en sendas novelas las vidas de Miranda, Simón Bolívar y José Antonio Páez. La primera de éstas, *Los papeles de Miranda* (2000), es una biografía picaresca del precursor caraqueño. El autor argentino analiza el utopismo irreflexivo de la Primera República Venezolana, la llamada “Patria Boba”, experiencia constitucionalista a la que Bolívar imputara en 1812 el afán de imaginar meras “repúblicas aéreas”. Gabriel García Márquez, como narrador que tanto ha contribuido al debate sobre la identidad cultural hispanoamericana, aprovechó la temática dieciochesca para actualizar sus propuestas de una racionalidad histórica privativamente americana en *Del amor y otros demonios* (1994). Al tiempo que García Márquez aprovecha ahora el siglo XVIII para reclamar, como acostumbra en casi toda su obra, una ontología específicamente americana, condiciona ésta al esfuerzo de desprenderse de la arrogancia racionalista europea frente a la particularidad americana; y lo hace retratando o denunciando los elementos antiilustrados que habitan en la propia Ilustración: superstición, pensamiento mágico-religioso, oscurantismo, racismo, en una historia que de hecho es una verosímil adaptación de la célebre *Ancho mar de los Sargazos* (1966), de Jean Rhys. Jorge Edwards ha empleado dos décadas en terminar su novela

más ambiciosa, *El Sueño de la Historia* (2000), en la que el tránsito entre el siglo XVIII y la Independencia sirve de pretexto para analizar la actual transición chilena y la disyuntiva abierta entre la revolución rupturista y la reforma en el contexto del sistema democrático más antiguo de toda Latinoamérica. Escrita y publicada mientras Augusto Pinochet estaba siendo procesado judicialmente, la novela critica el pensamiento finalista de la Historia (teleológico y formalmente apocalíptico) que puede estar detrás de los juicios al pasado histórico. Como pudieran hacer Horkheimer y Adorno en su conocida *Dialéctica de la Ilustración* (1945), Edwards trata de prevenir al pensamiento ilustrado de sus propios mitos, recordando que su esencia es la contaminación o impureza, así como cierto posibilismo que, en lo que tiene de necesaria pervivencia de elementos del pasado, el propio autor relaciona con el maquiavelismo.

Para concluir esta lista representativa, dos novelas hispanoamericanas recientes han rescatado la figura de François Marie Arouet, Voltaire, desde presupuestos sensiblemente distintos. La novela *El calígrafo de Voltaire* (2001), del argentino Pablo De Santis, acomete una recuperación posible de la intrahistoria de la escritura volteriana, convirtiendo los avatares textuales y la fijación del mensaje en la propia acción novelesca, y dando lugar, de este modo, a una reflexión sobre el valor de la palabra y a un cuestionamiento de los métodos de la representación histórica. Por el contrario, la novela *El corazón de Voltaire* (2007), del puertorriqueño Luis López Nieves, descubre una intriga pseudohistórica que antes se puede asimilar al subgénero comercial de las novelas de asunto conspirativo (esta novela bien pudiera haberse titulado *El código Voltaire*). Así, si bien la trama descubre los entresijos del discurso histórico, a través de la alevosa ocultación que una comisión ministerial francesa hace de los avatares biográficos del autor de *Candide*, lo cierto es que esta figura histórica parece haber sido elegida aleatoriamente, y podría ser sustituida por cualquier otra, sin que las reflexiones a que da lugar afecten en particular al discurso de la modernidad ilustrada.

En esta lista de casi veinte novelas hispanoamericanas sobre el siglo XVIII se han descartado algunas obras donde el siglo XVIII tiene un protagonismo incidental, como pueden ser los casos de *La campaña* (1990), de Carlos Fuentes, en la que se discuten las bases ideológicas

de la Independencia argentina, la llegada del contrato social, el filantropismo ilustrado y la idea kantiana de la mayoría de edad de los pueblos; o *El general en su laberinto* (1989), de Gabriel García Márquez, que supone un último balance sobre la frustración del ideario bolivariano y sus causas.

Una vez hecho este repaso, se puede tratar de articular un discurso común en estos autores, depurando en lo posible los temas que comparten y sus coincidencias en el modo de tratarlos. Antes, es necesario descartar aquellas novelas que, por rescatar el siglo XVIII como pretexto casual para cuestiones que nada importan al debate sobre la Ilustración, la modernidad, el pensamiento utópico o la emancipación cultural, no pueden interesarnos ahora. Se trata de las obras de Pedro Orgambide y de Luis López Nieves.

Una apreciación superficial de las constantes que permitirían agrupar o diferenciar estas novelas ha llevado a pensar en una escritura de la modernidad, representada típicamente por Alejo Carpentier, y otra escritura propia de la antimodernidad o, donde es el caso, de la postmodernidad, la de prácticamente el resto de autores, con especial relevancia de las obras de Arenas y Rodríguez Juliá, en quienes la crítica ha percibido un énfasis más consciente a la hora de elegir el siglo XVIII como tema propiciatorio de una meta-reflexión contra el discurso de la modernidad ilustrada.

En esta primera caracterización influye, previsiblemente, la distribución política de Carpentier y Arenas en relación con la Revolución Cubana, así como las nociones abiertamente escépticas de Rodríguez Juliá hacia los conceptos de identidad e independencia, aplicados a la particular cuestión puertorriqueña. De este modo, el asentimiento de la idea de progreso histórico y de las teorías de análisis marxistas, como herederas del pensamiento kantiano-hegeliano, marcaría una insalvable cesura epistemológica entre los autores.

Lo cierto es que una de las causas por la que todos estos autores han abordado la temática dieciochesca es la de propiciar reflexiones con el pretexto del siglo en que se toma precisa conciencia de la idea de modernidad y de un destino humano no religioso, de una Historia, por oposición a las “historias” desvertebradas de un decurso universal. Se trata, como observa Michel Foucault, de “la primera época

que se nombra a sí misma y que, en lugar simplemente de caracterizarse según una vieja costumbre, como periodo de decadencia o de prosperidad [...] se nombra a través [...] de la historia general del pensamiento”¹.

Esta primera modernidad inaugura, a pesar de sus esfuerzos por la verdad científica, un eje problemático del conocimiento entre el centro y la periferia, distribución en la que América salió perjudicada desde el comienzo como polo pasivo del apriorismo europeo. El problema se inscribe en la propia definición kantiana de Ilustración, en 1784, como “la liberación del hombre [*Menschheit*] de su culpable incapacidad”. Kant enfatiza que esa incapacidad o inmadurez es de tipo espiritual, y “se debe a la pereza y la cobardía”². La revolución filosófica ilustrada que describe Kant se debe reducir, pues, a aquellos pueblos ajenos a esas limitaciones del espíritu. Las consideraciones que el filósofo alemán vierte sobre el asiático, el indio o el negro en su *Historia de la naturaleza y teoría del cielo* (1755) subrayan dicha inferioridad consustancial. A través de la definición kantiana, la liberación ilustrada llega a mimetizarse con la misma independencia controlada que el propio Kant critica en “ese pretencioso sustantivo de *tolerancia*”³. Sobre esto, Michel Foucault señala que, lógicamente, la extensión del término kantiano de “humanidad” sólo puede incluir a los pueblos “capaces” de dirigir su propia emancipación espiritual. Así, la célebre divisa kantiana *Sapere aude*, incluida en el mismo texto, implica una tautología por la que sólo los pueblos moralmente audaces, y por lo tanto ya maduros, pueden poseer el conocimiento y, desde él, sancionar el progreso histórico.

La verdadera marginalidad de las periferias surge, desde este punto de vista, con la Ilustración, tal como observa Octavio Paz: “Desde el siglo XVIII el africano o el asiático es inferior por no ser moderno. Su extrañeza —su inferioridad— le viene de su ‘atraso’. Sería inútil

(1) FOUCAULT, Michel, “¿Qué es la Ilustración?”, en *Saber y verdad*, Madrid, Las Ediciones de La Piqueta, 1991, p. 200.

(2) KANT, Emmanuel, “¿Qué es la Ilustración?”, en *Filosofía de la Historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 25.

(3) *Ibid.*, p. 35. Las cursivas son del texto.

preguntarse: ¿atraso con relación a qué y a quién⁴?” La opinión peyorativa de la ideología europea rectora sobre las periferias históricas no es general a todo el pensamiento ilustrado del Viejo Continente, con las excepciones, por ejemplo, de Rousseau, y su mistificación adánica del *bon sauvage* derivada de la lectura americanista de Montaigne, o la defensa de los americanos realizada desde España por Feijoo, en varios discursos de su *Teatro crítico universal*; pero la mayoría de los autores europeos tendieron a destacar la inferioridad inherente de los nativos y del medio americanos. Esta relación desigual en el conocimiento recibió de Edmundo O’Gorman el expresivo título de “calumnia de América”⁵, y su desarrollo histórico ha sido estudiado por autores como Silvio Zavala y Antonello Gerbi⁶.

Esta perspectiva general ha estado presente en los autores de este corpus hispanoamericano a la hora de presentar sus novelas bajo estéticas y estructuras narrativas opuestas connotativamente a los modos de la Ilustración: barroquismo estilístico y estructural, hipérbole, hibridismo genérico, inmanencia temporal, estructuras narrativas cíclicas o regresivas, ironía y parodia, etc. Ahora bien, se hace necesario deshacer la engañosa división del presente corpus de lecturas, entre la narrativa proverbialmente moderna de Alejo Carpentier, sobre todo en sus dos primeras novelas dieciochescas, y el resto de esta producción. Por un

(4) PAZ, Octavio, *Los hijos del limo*, Barcelona, Seix Barral, 1974, p. 40.

(5) Vid. O’GORMAN, Edmundo, *Fundamentos de la historia de América*, México, Imprenta Universitaria, 1942.

(6) ZAVALA, Silvio, *América en el espíritu francés del siglo XVIII*, México, El Colegio Nacional, 1949; GERBI, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica. 1750-1900*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982. La obra de Zavala atenúa los testimonios principales del estudio de Gerbi, ya que presenta las excepciones entre los pensadores franceses del momento a la condena historiográfica del Nuevo Mundo. No obstante, éstos casi nunca alcanzan el rango intelectual de los “calumniadores”. Por su parte, en GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza, 1998. Pp. 295-312, se encontrará un análisis de la “leyenda negra” en contra de lo hispánico. Para un examen de los debates en el siglo XVIII sobre las nuevas formas de historiografía de América, vid. CAÑIZARES-ESGUERRA, Jorge, *How to write the history of the New World: histories, epistemologies, and identities in the eighteenth-century Atlantic world*, Stanford, Stanford University Press, 2001.

lado, como ha expuesto Roberto González Echevarría⁷, la producción dieciochesca del autor cubano verbaliza la imposible adquisición de la realidad americana, en lugar, pues, del desvelamiento ontológico de América que han supuesto los críticos más ortodoxos, en su propósito de conciliar marxismo y vanguardismo (realismo maravilloso) en las obras del cubano⁸. Al mismo tiempo, el resto de esta producción está lejos de limitarse a ser un ocioso comentario meta-reflexivo contra las ideas de progreso e Historia. Al contrario, suponen intencionadas lecturas históricas que pueden iluminar el presente político inmediato a cada autor.

Estas novelas forman, en conjunto, una “crítica de la política práctica”, tal como se ha referido Jorge Edwards a su propia novela *El Sueño de la Historia*⁹. Cuando menos, puede resultar así si se entiende que la intención de estos escritores ha sido realizar una crítica de las realidades de la modernidad que no pretende superar sus términos, sino emprender la búsqueda de los ideales genuinos de la misma desde relaciones nuevas. Con esto, los autores recuperan el magisterio político de algunos de los precursores y actores de la Independencia, en su afán de adaptar y subordinar los ideales ilustrados de progreso a las concretas posibilidades americanas.

Como consecuencia lógica del contenido de esta crítica, con la que los escritores han intentado restaurar los términos originales de una ideología que trataba de fomentar una racionalidad de la experiencia, los significados que asientan estas obras revelan el propósito común de acercarse al siglo XVIII con un ánimo más político que historiográfico o epistemológico. Así, la naturaleza paradójica de las luces, aludidas en todas estas novelas mediante símbolos y alegorías, se refuerza como

(7) GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto, *Alejo Carpentier: el peregrino en su patria*, Madrid, Gredos, 2004.

(8) MÁRQUEZ RODRÍGUEZ, Alexis, *Lo barroco y lo real-maravilloso en la obra de Alejo Carpentier*, México, Siglo XXI, 1982; PADURA FUENTES, Leonardo, *Un camino de medio siglo: Carpentier y la narrativa de lo real maravilloso*, La Habana, Letras Cubanas, 1994.

(9) SAN JOSÉ, Eduardo, “Entrevista a Jorge Edwards: sobre *El Sueño de la Historia*”, *Archivum*, LIV-LV (2004-2005). Pp. 212-235.

medio no ya de una refutación epistémica de la modernidad ilustrada, sino para expresar una de las preocupaciones fundamentales del siglo XVIII, como es la perfectibilidad necesaria de toda utopía, algo que algunos precursores e insurgentes supieron ver, prevenidos contra las ideas cartesianas y perfectas de la utopía social. De este modo, los símbolos de las luces designan en las obras de Denzil Romero diversas advocaciones que terminan por caer lejos de la imaginería de las Luces de la razón *eclarée*: así las luces de los arcanos masónicos, las de los fuegos de la revolución y las luces de los vitrales catedralicios, que ya hicieran idéntica aparición en las novelas de Carpentier. Igual función cabe considerar en este símbolo en la obra de Reinaldo Arenas, tan a menudo considerada, sin embargo, en la categoría de “juego postmoderno”¹⁰, mientras su novela compone lo que en realidad es toda una vindicación del concepto de progreso reformista, alejado de la idea de utopía perfecta.

Asimismo, las novelas que se ocupan de algunos de los precursores más destacados (Simón Rodríguez, Francisco de Miranda) destacan el incumplimiento final de las previsiones o deseos de los padres ideológicos de la Independencia. Esto, evidentemente, no es a fin de criticar la base ideológica de la que partió el proceso histórico, sino de verificar su incumplimiento efectivo, dilapidados los esfuerzos constituyentes por un afán mimético del constitucionalismo de los Estados Unidos y de la Francia republicana. Unos términos en exceso optimistas, para otro de estos precursores rescatados por esta producción novelesca, como es fray Servando Teresa de Mier, quien, en la novela de Arenas como en la vida real, se muestra hasta el último de sus días contrario al rumbo federalista, democrático y populista que iban tomando las sesiones constituyentes mexicanas.

Si se revisa la tradición crítica que se ha ocupado de estas ficciones, una buena parte de la cual ha considerado que el origen y la intención de estas novelas sobre el siglo XVIII habría sido impugnar las realidades de la Ilustración en Hispanoamérica, se pueden entender mejor

(10) Vid. BÉJAR, Eduardo C., *La textualidad de Reinaldo Arenas. Juegos de la escritura postmoderna*, Madrid, Playor, 1987.

las reservas de Max Horkheimer a la difusión masiva de su *Dialéctica de la Ilustración*, ya que, para el filósofo alemán, no siempre se aceptaría que una crítica tan dura a la Ilustración pudiera provenir desde dentro de la misma y con el ánimo preciso de “salvarla”¹¹. El propósito de estas narrativas es establecer una versión histórica de la época que marca el tránsito entre el Antiguo Régimen y el Liberalismo republicano en Hispanoamérica. Su mensaje básico muestra una sorprendente homogeneidad al cuestionar la idea abstracta de revolución, al tiempo que apela a la inmanencia general de la Historia, dentro de un progreso incesante pero relativo. Es necesario insistir, pues, que, más allá de determinadas apariencias y de ciertos automatismos de la crítica, estas novelas apelan a concepciones genuinas de la Ilustración que tienen que ver con las pretendidas “otras” Ilustraciones: no tan heterodoxas, cuando extenuan las posibilidades de la crítica al dirigir a la razón sobre sí misma. Con apreciaciones semejantes, Rodríguez Juliá ha acusado al utopismo independentista de negar las realidades de un progreso histórico que no se cierre sobre una firme teleología, y, de hecho, culpa de la inexistencia de un estado nacional puertorriqueño a esta negación formal de la Historia y del progreso, encarnada en un pensamiento utópico que se vincula antes con un racionalismo cartesiano y con la teología agustiniana que con la razón práctica y el utilitarismo de la Ilustración. Identidad y utopía se diseccionan dentro de una tradición americanista que arranca idealmente en el siglo XVIII, para criticar la realidad política de Hispanoamérica como resultado de una adaptación ingenua de ideas foráneas como eran las de la Ilustración, a las cuales, a juzgar por las conclusiones implícitas en todas estas novelas, los escritores hispanoamericanos piensan que no se les dejó un tiempo de adaptación al medio. Desde este punto de vista, es necesario e ilustrativo recuperar los términos de esta producción narrativa dentro de una polémica de mayor perspectiva, como es la que desde el siglo XIX enfrenta aún hoy a quienes sostienen que la Independencia hispanoamericana es resultado causal de la Ilustración, y a quines sostienen que, al contrario, fueron ideas de

(11) HORKHEIMER, Max y ADORNO, Theodor W., *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, Madrid, Trotta, 1994, p. 10.

corte reaccionario las que pusieron las bases de la insurgencia como respuesta a la modernización centralista impuesta por las reformas borbónicas¹². Más que la falsa dicotomía entre novelas de la modernidad y de la antimodernidad o postmodernidad, este corpus se inserta directamente en esta larga discusión por la génesis ideológica de la Independencia.

En el caso más dudoso de Carpentier, sobre todo en *El siglo de las luces*, puede realizarse un análisis semejante del uso del símbolo de la luz, para descubrir el carácter finalmente irónico del título, cuando descubrimos que dichas luces pasan por ser más a menudo las de los fuegos de la revolución o las de las hogueras inquisitoriales, así como las del gozoso espectáculo de las luminarias naturales; las estrellas, los nimbos marinos, las luciérnagas. Al fin, la estructura en forma de espiral que se descubre trabajosamente en su estructura narrativa alienta una ideología más cercana a Vico que a la Ilustración dominante.

Es imposible, por esto, discriminar la propuesta de Carpentier de la de su más genial lector e intérprete en esta lista, que es Germán Espinosa en *La tejedora de coronas*, donde las luces vuelven a ser las de los inalterables y eternos ciclos cósmicos, frente a las luces más chatas o crueles con que entra el Iluminismo europeo a través del asedio de los piratas ingleses. En definitiva, es posible considerar un debate o al menos unas conclusiones homogéneas sobre el legado del siglo XVIII en los escritores hispanoamericanos contemporáneos: su lectura se aleja tanto de la aspiración ilustrada como de la aporía antimoderna, a través de la propuesta de un progreso histórico confiado a una utopía no dominada por la manía racionalista.

(12) SAN JOSÉ VÁZQUEZ, Eduardo, “Ilustración e independencia hispanoamericana: una polémica historiográfica y literaria”, *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 14 (2006). Pp. 93-109.

Bibliografía primaria

- ARENAS, Reinaldo, *El mundo alucinante. Una novela de aventuras*, Barcelona, Tusquets, 2001 [1969].
- CARPENTIER, Alejo, *El reino de este mundo*, Madrid, Alianza, 2002 [1949].
- , *El siglo de las luces* (Ambrosio Fornet, editor), Madrid, Alianza, 1989 [1962].
- , *Concierto barroco*, Madrid, Alianza, 1998 [1974].
- DE SANTIS, Pablo, *El calígrafo de Voltaire*, Madrid, Destino, 2001.
- DI BENEDETTO, Antonio, *Zama*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora, 1997 [1956].
- EDWARDS, Jorge, *El Sueño de la Historia*, Barcelona, Tusquets, 2000.
- ESPINOSA, Germán, *La tejedora de coronas*, Caracas, Monte Ávila, 1982.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel, *Del amor y otros demonios*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1994.
- LÓPEZ NIEVES, Luis, *El corazón de Voltaire*, Barcelona, Belacqva, 2007.
- ORGAMBIDE, Pedro, *El maestro de Bolívar*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002.
- RODRÍGUEZ JULIÁ, Edgardo, *La renuncia del héroe Baltasar*, Río Piedras, Editorial Cultural, 1986 [1974].
- , *La noche oscura del Niño Avilés* (prólogo de Rubén González), Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2002 [1984].
- , *El camino de Yyaloide*, Caracas, Grijalbo, 1994.
- ROMERO, Denzil, *La tragedia del Generalísimo*, Caracas, Monte Ávila, 1983.
- , *Grand Tour*, Caracas, Grijalbo, 1987.
- , *Para seguir el vagavagar*, Caracas, Siglo XXI, 1998.
- SZICHMAN, Mario, *Los papeles de Miranda*, Caracas, El Centaura Ediciones, 2000.
- USLAR PIETRI, Arturo, *La isla de Róbinson*, Caracas, Monte Ávila, 1981.